

OTRO SÓCRATES

Rogelio Alonso Laguna García*
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Nacional Autónoma de México

—¿Por qué vienes a esta hora, Critón?
¿No es pronto todavía?
— En efecto, es muy pronto.

Platón, *Critón*

Poesis

Responsable

Jonathan
Caudillo Lozano

Recibido: 2-diciembre-2012
Aprobado: 7-enero-2013

I

—El mar, Sócrates, el mar. ¿Nunca te preguntaste acerca del mar?

—El mar...

—Sí, allí donde nacen la tormenta y el color del cielo, de donde siempre viene la guerra.

—La brisa del verano...

—Y los barcos, Sócrates, no los olvides.

— ¿Cómo olvidarlos? Desde esta pequeña ventana puedo verlos aparecer en el horizonte oceánico, pronto veré aparecer el navío que traerá mi muerte.

II

Pendones en cada puerta, oro y purpura en los mantos de las sacerdotisas. Música que durará por días en cuanto aquel barco que viene de Delos ataque en el puerto. Ya se levantan uno junto a otro los palcos desde donde los nobles verán pasar a los marineros. Los guerreros un poco más abajo se unirán al festejo con sus vestimentas de gala y rodeados de barricas de vino. Aquí y allá se limpian las flautas y se prepara el pan.

Que los muertos esperen, conservados en miel, hasta que pase la fiesta para ser enterrados, que los esclavos se sientan libres por un día y que los dioses miren con ojos piadosos cómo recibimos a sus mensajeros.

Mas noticias tristes y augurios malos carga sin saberlo el navío, en cuanto la primera de sus cuerdas toque la madera del muelle, un prisionero, que frisa los setenta años, va a morir.

* Licenciado en Filosofía por la Universidad Nacional Autónoma de México, escritor y periodista cultural. En su actividad filosófica ha publicado los artículos "Ética de arena" y "La ciudad y la no-ciudad", este último en el libro conmemorativo por los 70 años de la publicación de Filosofía y poesía de María Zambrano. Entre las principales líneas de investigación de Rogelio Laguna se encuentra el tema de la corporalidad a partir de la metafísica y la ontología, la ciudad, Ética y el Siglo XVII novohispano. Es miembro de la Academia Mexicana de Lógica, de la Asociación de Filosofía y Liberación, la Academia de Teoría y Filosofía de la Educación y del Centro Internacional de Estudios Culturales sobre el cuerpo (Corpus). Correo electrónico: ral23@yahoo.com.mx

III

—El mar, Sócrates: Argos y Ulises hermanados en su movimiento eterno. La isla del cíclope y las sirenas esperando la llegada de nuestros hombres..., la Atlántida y Egipto en lejanas costas con sus ciudades dedicadas al sol.

—Serán otras aguas las que cruzaré al amanecer para llegar al Hades. He soñado con claridad que mañana llegará el barco de Delos...en algún lugar de ese mar oscuro el navío se acerca sin saber que su llegada implica mi partida.

—¿Aun con 500 jueces no has podido convencerlos?

—Mil jueces más pudieron haberme juzgado y el resultado no hubiese sido distinto.

¿Y tu esposa Sócrates, no ha podido convencerlos de que dejen en libertad?

IV

Se acerca ya la nave sigilosamente en el mar en penumbras, quiere dar tiempo a los preparativos, todo y todos tendrán que estar en el lugar correcto en cuanto su movimiento se vuelva pairo. El capitán ordena a su tripulación que se apresure a perfumarse, tanto tiempo en el mar apenas y podrá ocultarse, olor de mar. No será con cera sino con flores lo que pronto colocaran en sus oídos.

A limpiar el muelle que el sol apremia por nacer del mar. A preparar los cuernos y los tambores para la fiesta de Apolo, a abrir las jaulas de las palomas blancas como el mármol y a repartir membrillos frescos para celebrar la fertilidad del verano.

V

—El amor, sólo el amor y la belleza...

—¿Lloras, Sócrates? ¿Tú, que luchaste valientemente en la guerra y que caminaste en la nieve descalzo y sin abrigo, tú, que nunca te dejaste seducir por los demonios del vino, que rechazaste las riquezas, que huiste de ser poseído por las pasiones del cuerpo y que viajaste a Delfos sólo para saber que no encontrarías la respuesta que anhelas? ¿Lloras por tu muerte, Sócrates, y te olvidas que vivías para morir?

— ¿Qué más podría hacer? Es la tierra de mi cuerpo la que llora, la que sufre por la cercanía del alba. ¿Y yo que soy si no este cuerpo que cubrirán con flores antes de llevarlo a la pira? ¿Qué soy yo sino estos ojos que desean ver tierras lejanas y estos oídos que escucharían eternamente el canto del mar y los poemas de Homero?

(Coro)— ¿Qué hay de nosotros Sócrates, nos volveremos a ver de nuevo en aquél mundo en donde no hay injusticia ni fealdad? ¿Escucharemos tu voz de nuevo, en el cielo?

— ¿En el cielo?—Sócrates mira por la ventana— si acaso en la tierra, si acaso en el mar.

(Coro)— ¿Y la justicia Sócrates, qué hay de la justicia? ¿Qué pasará con la ciudad?

VI

Alegría, embriaguez, amabas nacen en cuanto el primer rayo de sol toca el mar y hace temblar la tierra. Primero los tambores hechos con pieles de diferentes animales, cada

piel le da un sonido único a cada vibración, y juntos suenan como si fuera un ejército de animales los que se azotan contra las rocas; después tocan las flautas, y la gente vocifera cosas que sólo el vino logra arrebatarse a la lengua. Bailan aquí unos cuantos, otros allá agitan banderas, y unos más miran todo desde lo alto, adornados con oro.

Se acerca el barco cada vez más lento, la tripulación saluda desde la cubierta y pequeños niños y mujeres virginales corren al encuentro del barco para poner un camino de flores a los pies de los marineros.

Mientras la fiesta del muelle aumenta, el capitán, más no el del barco, se acerca rodeado de una comitiva numerosa a la celda del anciano. Una copa llena de cicuta guía los pasos de aquel grupo, el tambor que anuncia a lo lejos la llegada del barco le avisa también al hombre, de mirada profunda y facciones toscas que está pronto a morir.

Algunos jueces han venido a ver ejecutada la sentencia, conforme más se acercan al calabozo, se escucha crecer el júbilo de las personas en el muelle. La alegría explota una y otra vez. Bajan ya el primer amarre del barco y el grupo en ese instante llega frente a la celda. Ahí, en medio de la habitación, fría y oscura, ante la ventana desde donde se mira el mediterráneo—océano Dios por antonomasia—, junto a una vieja mesa y una estera se encuentra aquel espacio que el viejo ocupó, porque ya no está aquí.

—Guardias— grita furioso el capitán. Los guardias, como era de esperarse han huido pronto y seguramente van cruzando las murallas de Atenas disfrazados de mendigos.

VII

El sol comienza a salir y Atenas ya queda lejos. Sócrates ve la ciudad desde la cubierta del navío que lo guía a través del mar azul-anaranjado del amanecer.

VIII

Un par de horas los separan del amanecer, Sócrates y sus acompañantes caminan presurosos por los túneles en busca de la salida. Los guardias, bien recompensados con oro, se acercan a tocar el viejo manto de Sócrates como si siempre hubieran creído en su inocencia.

Antes de salir de la gruta que lo llevará a la playa, el anciano se vuelve a mirar la prisión a lo lejos. Ropas nuevas lo cubren ahora y sandalias doradas como los rayos del amanecer.

(Coro)— ¿Y la justicia Sócrates?

—El mar.

(Coro)— ¿Y la ciudad?

Mi cuerpo viejo, hecho de tierra y de aceitunas.

(Coro)— ¿Y la muerte?

—La vida.